



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## EL TÉRMINO MEDIO



—Vamos á ver, Luisito, qué quieres tu mejor, que  
vea á la pradera, ó que te compre un caballo...  
—Que me compres un caballo para ir á la pradera.

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Amar de veras, por Angel R. Chaves.—Los saltadores andaluces, por Juan Pérez Zúñiga.—Animales domésticos, por Manuel Matos.—¿Patriotismo?, por Eduardo Bustillo.—Semper, por Ricardo J. Catarinca.—El beso, por Sinesio Delgado.—Cantares, por Felipe A. de la Cámara.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.  
GRABADOS: El término medio.—El milagro del santo.—Anuncios, por Olli.



Desde el Congreso.

Esto está que echa bombas.

Los republicanos presentan proposiciones incidentales, leen discursos kilométricos, formulan protestas y piden la palabra para alocuciones. Hace cien horas que el Congreso está constituido en sesión; los hujieres se duermen de pie; los diputados, fieles a la disciplina, permanecen inmóviles en los escaños, y hay uno que apoya la cabeza en el hombro de un compañero, y hay otro que ronca apaciblemente en el regazo amoroso de Becerra.

En las tribunas hay mujeres hermosas que oyen los discursos con cierto interés, como si les preocupara grandemente la salud de la patria y el aplazamiento de las elecciones municipales.

—¿No tienen ustedes sueño?—pregunto a una dama de la clase de características, que luce un sombrero en forma de espuerta.

—No, señor—me responde.—Nosotras venimos aquí para ver si habla el novio de mi niña, que es diputado ministerial. Puede que usted le conozca; se llama Pepito Pulpejo.

—Y ¿por dónde es diputado?

—Por casa; quiero decir, por recomendación de mi esposo, que es niña y carne de Gamazo.

—¿Me lo puede usted enseñar desde aquí?

—Ahora no está en el salón. Ha salido a comer.

—¿A su casa?

—No, señor, a los pasillos. Le hemos traído la comida envuelta en un papel, porque sin cocido no puede pasar, y como ya le consideramos de la familia, le hemos guardado unos pocos garbanzos.

Yo he venido a la tribuna de la prensa en busca de asuntos cómicos, y a Dios gracias los hay en abundancia. Aquí está también Ricardo de la Vega tomando apuntes para hacer un sainete parlamentario, y en este momento (tres de la madrugada) llegan Ricardo Monasterio y López Silva, animados del mismo propósito.

Los diputados hablan que se las pelan; el presidente suspira y pone los ojos en blanco; tambaleanse los maceros y sudan tinta los taquígrafos. De cuando en cuando aparece en la tribuna un republicano feroz que viene de la calle y nos dice con acento tenebroso:

—Los grupos aumentan; la indignación cunde. En los sótanos de este edificio hay catorce guardias armados hasta los dientes. Casi todos estos que parecen periodistas son de la policía secreta.

Los aludidos se revuelven airados ante esta inculpación denigrante; pero el republicano continúa:

—En la calle del Florín, los de la ronda atropellaron a una criada por suponer que conducía materias inflamables en el delantal. Hay siete personas heridas de cox en la casa de socorro.

—¿Quién las ha herido?

—Los guardias de orden público.

Dicho esto, el republicano da media vuelta y se dirige de nuevo a la calle.

—Vaya, abur—nos dice.

—¿Adónde va usted?

—A agitar las masas.

Y antes de bajar las escaleras, se pone una barba postiza y unos anteojos verdes.

Entran en la tribuna más escritores cómicos: Granés, Paría y López Murín. Dirigen una mirada al hemicycleo y preguntan:

—¿Quién habla?

—Un diputado de la mayoría.

—¿Se sabe quién es?

—Nadie le conoce—contesta un periodista.

—Puede que sea Pepito Pulpejo—digo yo, recordando mi conversación con la señora de antes.

Efectivamente, debe de ser Pulpejo, porque la señora y su hija clavan en el orador sus miradas carifiosas y él de cuando en cuando levanta la cabeza, como si quisiera decir a los de la tribuna:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Creen ustedes que no era hombre capaz de dirigir la palabra al país?

En este momento oye un gran ruido en los escaños. Es que un anciano de la mayoría acaba de rodar las gradas. Se había quedado dormido y al dar una vuelta pierde pie y cae de espaldas. Auxiliado un hujier con solicitud de padre, conduciéndole a la cantina. Allí le desnudan para reconocerlo y notan con profunda pena que tiene un cardenal en el lomo bajo.

La sesión continúa: es decir, Pepito Pulpejo defiende el aplazamiento de las elecciones con palabra fácil e inusfructible. La mamá y la niña se entusiasman y no cesan de decir a cuantas personas hay en la tribuna:

—A ese chico le conocemos mucho.

—Porque es visita de casa—añade la niña con cierta intención.

—No andes con tapujos—intrrumpe la mamá, y dirigiéndose al público, añade:

—Es el novio de ésta.

—Desde aquí parece muy guapo—exclama otra señora.

—Pues a esta distancia no tiene vista; como hay que verle es de frac y corbata blanca.

Los diputados de la mayoría no pueden abandonar el edificio por si es necesario emitir el voto, favorable al gobierno. Hay alguno que lleva ciento y pico de horas entre aquellas cuatro paredes y allí se lava y se peina; otros ni aun se lavan, y a uno se le ha caído el tinte del bigote y resulta ceniciento claro.

—¡Caramba, D. Augusto! ¡Cómo ha envejecido usted en estos tres días!—le dice un compañero.

El del bigote no se atreve a confesar que le falta el tinte, y se resuelve a salir del Congreso sin ser visto, para restaurarse en su casa; pero cuando va a trasponer los umbrales, le cierra el paso un ministro diciéndole:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Se va usted?

—Sí, señor; iba a mudarme.

—Pues adentro; de aquí no se va ni Dios.

—Pero...

—A votar.

El hombre tiene que volverse al catre parlamentario, exponiéndose a una vejez definitiva.

Entre los que viven estos días en el Congreso hay uno que no puede resistir las botas y ha hecho que le lleven de casa las babuchas.

—Pero, hombre—le dijo el jefe del Gobierno al verle aquellos pies que parecen dos mochilas,—¿tiene usted valor de presentarse así ante las Cortes soberanas?

—¡Ay, D. Práxedes! ¡Si usted pudiera verme los callos, me tendrís compasión!

—Pues yo no puedo permitir que un diputado de mi partido se presente en el salón de sesiones con esas bases.

Entonces el diputado le pidió un cortaplumas a un macero amigo suyo y se fué a la sección 6.ª, que estaba solitaria, y estuvo media hora raspándose los callos; pero de pronto oyó el timbre que anuncia las votaciones, y tuvo que suspender su tarea para acudir al cumplimiento de su deber. Cuando entró en el salón precipitadamente, los ministros le llamaron aparte para decirle:

—¿Qué pies son esos?

—¿Cuáles?—contestó él, y bajó los ojos hasta el suelo.

Entonces pudo notar que en un pie se había puesto una bota y en el otro una babucha.

En fin, vengán ustedes al Congreso, donde se pasa muy bien el rato estos días de sesión permanente. Tal vez cuando se publique este artículo la sesión continúe, y si es así, yo recomiendo a mis lectores que no pierdan la ocasión y acudan a la tribuna de la prensa, aun-

que no sean periodistas ni escritores ni nada de lo que se relaciona con las letras; porque hay la ventaja de que la mayoría de los que vienen aquí son tan periodistas como soy yo banderillero ó sochantre ó individuo de la junta del censo.

LUIS TABOADA.

## AMAR DE VERAS

(CARTA DE HACE UN PAR DE SIGLOS)

No arrepentida de todos, pero sí de una gran parte de los muchísimos yerros de su vida perdurable; ceceosa por costumbres, muy fingida de lunares y desperfectos del tiempo tapando con albayalde; por no andar muy bien de letras, aunque en otras cosas sabe lo que muchos bachilleres ignoran al graduarse; tomando por secretaria de sus no pocos afines á un Matusalén con tocás que hecha hueso, si no carne, vive con algún provecho y derrocha sus bondades de uñas que no la tienen haciendo veces de madre, de este modo la Villodres dictando estaba una tarde, entre suspiro y suspiro, esta epístola á su jaque.

«Tus letras he recibido, Lampuga, y el papel sabe que al darme lectura de ellas saltó á lágrimas por frase. Sólo cuentas desventuras tú, que nunca me contaste más que hazñas que dejaban á las de Orlando en pañales, y no ves que en este mundo es fuerza que se equitalen de la desdicha en la piedra almas, cual la tuya, grandes. Por lo demás, no es tu suerte tan ruin, puesto que ya sabes que á quien persiguen justicias bienaventuranzas caben. El rey te aloja en su casa, de ello no puedes quejarte, que el rey honra á sus vasallos trátelos como los trate; y como en su monarquía ha de haber desigualdades, á unos tocan encomiendas, á otros remar en sus naves. Si te azotaron la espalda, por ello no has de agraviarte... Golpe á traición recibido nunca ha deshonrado á nadie, y á los que andando en tu oficio tengan la suya impecable, díles que entrándose á monjas aprendan á entonar laudes. Á un soplo lo achacas todo; no pienses tú que me extraña, que el rufián, como el que suda, debe esconderse del aire; mas como, á lo que barrunto, no han conseguido probarte aquel antuvión de daga que se llevó á Mascaraque, en diez años mal contados podrás el sitio dejarle, si no á quien más lo merezca, á quien procure imitarte. ¡Pides que te contribuya en algo! Mucho y muy grande es el deseo que tengo de que estrechees no pases; mas ¡ay! aunque te parezca que no es en mí razonable

pedecerías, las pedeceras también yo tantas y tales, que de no ser por la honra estaba por enviarte, que al fin te vistes con poco y el pan te le dan de balde. Aquí anda todo tan malo que hay algunas de mi clase que por lo poca que pegan esperan que han de salvarse, y por más que todavía no pueda en todo quejarme, pasan semanas enteras sin que á tu cariño falte. Noticias también me pides; esto ya es cosa más fácil, aunque las nuevas que corren son pocas y no agradables. A Chitinos le sacaron muy galán por esas calles con no sé qué letanías de hechicero y judaizante; mas como sabes que es hombre acostumbrado á estos trances, hay quien en juego de cañas no mués ra tan buen talanté. Á la Pingarrona dicen que mandan á tomar aires porque en un bolsillo ajeno se encontró unos cuantos reales. En cambio, hay aquí arbitristas de que mil encomios hacen sólo porque al rey proponen lo mismo, aunque más en grande. El Tomón se ha arrepentido, pero por no entrarse á fraile, noviciado de canuto hace para algunarse. Á la Coscoja azotaron hace ocho días cabales, y aunque á tragos mata penas, la pobre está inconsolable, pues por el Guro ha sabido que ha fallecido su padre de un apretón de garganta, que es la enfermedad reinante. Añasco, Garabales, Pelotudo y la Pelambres en peligro están de muerte, Dios con su poder les saque, todo porque, sin ser dandos de no sé qué traficante, á bien morir le ayudaron no más que por heredarle. Ya ves que, aunque con desdicha, todos los que aquí tratase no han amenguado su honra ni por nada ni por nadie. Y adiós, que el papel se acaba. Bien sé que no has de olv idarme, que donde no hay otras hembras no es tu costumbre ser frágil. De mí puedo responderte que, aunque cien años se pasen, te guardaré el alma entera y del cuerpo mucha parte.»

Pasó una cruz la Villodres, la vieja con dedos ágiles plegó el papel, y al ponerle al sobre la última frase, murmuró:—Por Cristo vivo que no cambian las edades. La perdición de las hembras siempre ha sido el ser constantes.

ANGEL R. CHAVES.

## LOS SALTADORES ANDALUCES

Pepe y Paco, de Cádiz y Jerez (1)

se hallaban una vez exagerando sin temor de Dios lo que llegó á saltar cada cual de los dos, y se lo voy á ustedes á contar: —Yo salto—dijo Paco—más que tú; pues recuerdo que un día en el Perú una zanja sallé que tenía de anchura medio pie. —Ese salto lo da cualquier niño de tela, camará. —Es que *entavía* no te he dicho yo si la zanja era *junda*.

—¿Lo era?

—No!

¡Cien metros de *profundis*... ¡casí na! —Pues yo, Paquillo, te aventajo á tí. Encima de la mesa de comer puse un día otra mesa; subí allí el gran mundo que tiene mi mujer. Encima del baúl coloqué un banco azul (sin ministros ni na) y un velador... —Quitáras el techo al comedor pa hacer aquí la torre colosal. —¿El techo? No, señor. Yo acostumbro á comer en el corral. Pues bien; sobre el tinglado me subí con valor no común; pegué un salto mortal, y ¡cataplán! me arrojé al pavimento desde allí. —Fué gran salto, no digo yo que no (replicó ya picado el de Jerez); pero tuve yo un primo que una vez en Sevilla á las gentes asombró. Subíse á la Gáldra, lo vi yo, y dió un salto que al propio Belcebú de fijo le debió de estremecer. —¿Y adónde fué á caer? —Al otro mundo... ¡conque ya ves tí! Y amoscado el de Cádiz, añadió: —Eso no vale na; porque ese mismo salto le di yo, y caí cinco metros más allá.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## ANIMALES DOMÉSTICOS

Es una lástima el tiempo que pierden los sabios dando consejos á la humanidad.

Aseguro que si yo tuviera la *probabilidad* de la sabiduría no había de meterme en tales trotes.

Siglos hace que los que tienen autoridad para ello vienen recomendando el lema labrado sobre la portada del Museo de Velasco (que es, como se sabe, un templo griego vecino de *Jai-Alai*), «Nosco te ipsum» y maldito el caso que hacen los hombres de la recomendación.

Los unos no se dedican á estudiar nada, ó cuando más estudian la carrera de concejal, y los menos, es decir, los más estudiosos se dedican al estudio y educación de los animales.

De ahí ha venido el cultivo ó la educación de los animales para hacerlos domésticos.

Respecto de algunos *seres* la aclimatación doméstica ha resultado muy extendida. Hay gatos por todas partes, perros por doquier y canarios cantores que hacen la delicia de sus dueños aunque molesten á los demás.

Un amigo mío, escritor veterano y trasnochador sempiterno, rompió en una ocasión las relaciones que mantenía con una patrona que le cuidaba muy bien, siendo un canario la causa de la ruptura.

Cuando mi amigo se entregaba al reposo, apenas despuntaba el sol comenzaba el canario sus artísticos gorjeos, y el infeliz poeta no podía conciliar el sueño.

—Mire usted, señora—dijo un día á la patrona,—entre el canario y yo hay incompatibilidad de aficiones. El ó yo estamos de sobra en el mundo, ó por lo menos en esta casa.

—Pues entonces—contestó ella con gravedad—el que está aquí demás es usted. Canarios como éste no se encuentran en el mundo ni por mil duros y huéspedes de á dos pesetas andan por ahí á puntapiés.

El trinar del canario prevaletió. Mi amigo cogió el baúl y se fué con la música á otra parte, es decir, se fué huyendo de la música.

Conste que yo opino como mi amigo, es decir, que el trinar de un canario me parece inútil, y no comprendo cómo haya personas que tienen tres ó cuatro canarios en la casa, y sin embargo se quejan al gobernador porque tolera que los organillos toquen por las calles el vals del «caballero de Gracia» ó la habanera de la «pobre chica.»

(1) Respectivamente.

# EL MILAGRO DEL SANTO

(QUE SE VERIFICA TODO LOS AÑOS IRREMEDIABLEMENTE.)



Viene á Madrid uno de los primeros contribuyentes de Villamelocotón, con el propósito de echar una cana al aire.



Deja los chirimbolos de viaje en la primera posada que encuentra,



...y se lanza á gozar de todos los encantos gratuitos de la corte.



A poco rato encuentra un caballero muy fino que le saluda atentamente.



Y le pide luego mil perdones por haberle confundido con el secretario del ayuntamiento de Villaciruela, de quien es primo por parte de padre.



En esto se acerca otro caballero, que huele á inglés á doscientas leguas.



Y como el de Villamelocotón no entiende una palabra del idioma del recién llegado...



el otro se encarga de explicarle que lo que quiere el inglés es depositar cuatro mil libras esterlinas en el primero que encuentre por la calle, para evitar que se las robe algún granuja.



Pero como necesita hacer un pequeño pago, el de Villamelocotón no tiene inconveniente en entregarle cuanto lleva encima, puesto que le deja en depósito una verdadera fortuna.



En seguida se despiden el hijo de la nebotosa Albión y el caballero atento.



Y queda el de Villamelocotón saltando de alegría por la ganga que le ha caído.



Ya en la posada, al ir á contemplar su tesoro, no puede menos de bendecir al milagroso San Isidro, que ha convertido, á ojos vista, las libras esterlinas en interesantes folletines de *La Correspondencia*.

De las cotornices me explicó el atractivo desde que Ricardo Vega lo explicó en un sainete. Vale más la que da más golpes pero ¿me quieren ustedes decir qué encuentro puede tener el canto de un grillo? Tengo yo, sin embargo, un vecino que es gran coleccionista de esta clase de coleópteros (si son coleópteros, que no lo puedo jurar), y mientras él se embéleza contemplando la competencia que entre sí entablan sobre quién grita más, los vecinos nos aburrinos y no podemos pegar los ojos durante el verano.

Al fin y al cabo hay sujetos que saben explotar la habilidad de algunos animales, y de ello conozco dos casos, aunque no puedo garantizar más que uno.

Este uno era un sombrerero que tenía un loro muy bien educado, al que colocaba en una jaula colgada de la puerta de su tienda. El loro se pasaba el día diciendo: «¡Hongos á veinte reales! Sombreros de copa á dos duros! ¿Quién quiere más?» y el menestral se ahorra los pomposos anuncios en la prensa, que sobre costarle dinero no tenían el sello de ingenuidad que daba á sus avisos el loro.

El otro caso, de que no recuerdo, es el de un soldado francés que no sabía de letra y fué á la guerra de Crimea, cosas ambas muy posibles. Pues bien, este soldado se dió tal maña á enseñar á leer á una cotorra—¡Dios sabe con cuántas fatigas!—que el animalito le leía todos los días á su amo *Le Journal des Débats*, y de esta manera tenía el buen patriota noticia exacta de lo que ocurría en su país. ¡Ya digo que esto no lo he podido comprobar!

Hay sujetos que tienen en más á un animal que á una persona. En España, sin ir más lejos, se ha fundado antes una sociedad protectora de animales que una sociedad protectora de niños, y aún está por fundar una sociedad protectora de maestros de escuela.

Conoció á un sujeto que daba una paliza á sus hijos los días que no se sabían la lección, y toda su perseverancia y paciencia la empleaba en enseñar el ejercicio militar á un perro de aguas. El resultado fué que uno de sus hijos murió deslucado en un hospital por salir suspenso en primer año de latín, y el perro salió tan diestro en el manejo de las armas, que le hubieran admitido como voluntario en un regimiento á no presentar la dificultad de ser corto de talla.

El caso es que los hombres aficionados á la perfección de los animales aún no han llegado á ponerse de acuerdo. No me explico, verbigracia, por qué razón los unos se dedican á educar gatos al propio tiempo que otros se ocupan en enseñar ratones. Si el ratón es susceptible de cultura hasta el punto de que llegue á mirar el queso con indiferencia, ¿qué necesidad tenemos de los gatos? Y si el gato ha de acabar siempre por comerse al ratón, ¿qué necesidad tenemos de ratas sabias?

Sobre que eso de educar simultáneamente á los individuos de razas enemigas tiene algo de contravención á las leyes divinas. Si las moscas han venido para alimentar al pájaro y el gusano para servir de pasto á la gallina y la sardina para que se la coman los atunes, dejemos en su punto los designios de la Providencia y empleemos nuestra inteligencia y nuestra actividad en educarnos unos á otros, que, dicho sea sin propósito de ofender, algo necesitados de eso estamos.

Por eso merece mis simpatías aquel sujeto imaginado por Villergas, á quien trajeran de América, como gran regalo, una cotorra que hablaba más que... ¿quién diré yo? más que Jove y Hevia cuando estaba en voz.

Ocurrió que á los pocos días de hecho el obsequio se encontró el que le había recibido con el que le había hecho.

—¿Qué tal?—dijo éste.—¿Qué tal la cotorra?

—¡Muy rica!—contestó el otro.—Muy sabrosa, pero... ¡un poco dura!

¡Se la había comido! ¡Y había hecho bien!

Pues si Dios hubiera querido que la facundia residiera en los loros, ¿hubiera concedido el don de la palabra á los hombres? Y si hubieran de hablar las cotorras en vez de las personas, ¿se pedirían los diputados á los pueblos ó á los pajareros de la plaza de Santa Ana?

Puede admitirse la educación de las pulgas, aunque yo preferiría destruirlas; pero puesto que hay casas de huéspedes de donde no pueden echarlas por más esfuerzos que hacen, edúquenlas y enseñenlas á tirar de un carrito. Quizás el día en que la raza llegue á un grado de cultura superior tengan á menos vivir de nuestra sangre y se decidan á tomar parte en el concierto fabril é industrial.

Pero ¿los demás bichos? Déjeseles cumplir su misión. El ruiseñor en el bosque, el pavo en la cazuela, la alondra en el aire...

Sobre todo los grillos, déjeseles en el campo.

¿Que hay á quien le gusta el grito estridente é inarmónico?

Pues á un teatro de función por horas, donde se encuentra cada coro de señoras que no hay oído que resista sus cantos.

M. MATOSER.

### ¿PATRIOTISMO?

Yo he leído en un diario del día ó de la noche,— de esos que á todas partes envían sus *reporters*,— noticias telegráficas de estilo corniforme que encantan á los muchos tanrófilos lectores que quieren al califa seguir desde la corte

en ese su postrero brillante *tour de force*.  
Atento á la coleta que aún cae sobre el cogote que hoy la atención embarga de todas las naciones; mientras los diputados en un breté nos ponen con sus indefinidas estériles sesiones,

hay escritor anónimo que el magistral estroque canta á orillas del Ebro y á las del mar salobre.

Por hilos telegráficos nos vienen los informes; de *Lagartija* vemos lo que habla, bebe y come, los miles que se embolaba, sentencias que se le oyen, y pitos que le aturden y puros que recoge.  
Y la ciudad heroica que halló fama en el orbe con su Pilar sagrado y su inclinada torre; la que al francés en guerra probó en dos ocasiones que pechos, no murallas, resisten á invasores, leyó—como leímos no pocos españoles—

que «del valor patriótico habla el tauro á voces;» que en la afición baturrea de un bruto á *los derrotos*, recordarse en sus glorias la raza del tío Jorge.

¿Qué tienen, cielo santo, que ver los *mataores* con Agustinas que hablan por bocas de cañones? ¿Ni qué aquel patriotismo, nutrido en los dolores, con este que se alegra con *largas y recortes*?  
Que triunfe *Lagartija*, traído al estricote, y que, al cortarse el pelo, el pelo no le tome.  
Pero, por Santa Engracia, que los admiradores no den al patriotismo el *golletazo* innoble.

EDUARDO DUSTI LO.

### SEMPER (1)

Mi amor es religioso... ¡Cuántas veces hoy, que ya es imposible, todavía mi corazón su queja misteriosa manda hacer ti, como hacia Dios sus preces el alma religiosa en el silencio de la noche céntrica! No sé si por corrientes ignoradas llegarán hasta ti de mis gemidos los ecos repetidos y mis ansias caladas; no sé si en algún rayo de la luna sorprenderán tus ojos el poema de esta pasión sin tregua y sin fortuna que mis entrañas y mis nervios quemó; no sé si un ángel, en el vicario oculto, te contará al oído que en el pecho escondido aún guardo eterno de tu amor el culto; no sé si tú sabrás mis grandes luchas y los abrojos con que yo tropiezo; no sé si tú me escuchas...  
[Tampoco sé si Dios me escucha, y rezo... Como el alma creyente, juzgando sus desdichas necesarias, no reniega de Dios, que las consiente, yo, que hallo en ti de mi dolor la fuente, elevo á tus rigores mis plegarias. Y, si me quieres ver morir, derecho hacia la muerte partiré, y sumiso daré la sangre que en mis venas late, como el árabe muere satisfecho seguro de que van al paraíso los que saben morir en el combate.

Mi amor es generoso... Amada mía:

contempla la feraz naturaleza, los campos verdes á la luz del día, ese inmenso arsenal de la belleza, eterno imán de eterna poesía. Es la naturaleza bienhechora, y á quien las rosas quita de su traje, en nueva primavera encantadora nuevas rosas le ofrece en su ropaje. Y á quien, cuando la duda le asesina, sabe azotarla con sus pies con furia, ¡en el bosque, en el valle, en la colina, flores le da para pagar la injuria! Y así es mi amor: cada ilusión risueña que me arrebatas, cuando logro verte, ¡mi corazón como venganza sueña otra nueva ilusión que va á ofrecerte!

Mi amor es inmortal. Si tú el derecho niegas para llamarte compañera á un alma cuyas ansias te reclaman, coge un puñal y clávalo en mi pecho, deja que herido por tus manos muera... ¡y ya verás cómo los muertos aman!

RICARDO J. CATARINEU.

### EL BESO

En un pueblo, no sé cuál, pero sin duda importante, un muchacho, practicante de yo no sé qué hospital, se enamoró locamente

(1) Del libro *Ginecología*, que acaba de publicarse con una carta-prólogo de Clarín.

con una pasión bravia de una chica que confía en un obrador de enfrente, y en la primera ocasión, cayéndosele la baba, la dijo que la adoraba con todo su corazón.

Ella no vio buen marido en él, y dijo que *no* con las más breves razones que se le dan á un nacido. Con lo cual el desgraciado, por las calabazas ciego, sintió más ansia y más fuego desde que fué desdenado.

(Porque todo el mundo sabe que se pierde la cabeza cuando en amor se tropieza con un obstáculo grave.)

Empeñándose en vencer á la pobre costurera, siempre espera que te esperará á la puerta del taller,

hizo de tal modo el paso durante días enteros que todos los compañeros se enteraron del fracaso.

Al fin, irritado, loco, al mirarse escarneo, quiso tomar el partido de contentarse con poco,

y la dijo:—Por favor! Mira que vas á bromearme, y ya que no puedes darme ni una esperanza de amor,

dame un beso, sólo un beso que recordar mientras viva! Pero ella, honrada y altiva, le respondió:—No, ni aun eso!

Ante aquel nuevo pernacelo rompió el magacelo por todo, buscando de cualquier modo la venganza á todo trance.

Desde entonces no hizo nada más que mostrarse ingrato como si hubiera obtenido los favores de su amada, y la calumnia grosera que destruye cuanto toca, corriendo de boca en boca, llegó hasta la costurera.

¡Siempre es creído el error que á un tercero perjudicial Total, que á la pobre chica la echaron del obrador.

## II

Algunos meses después, presa de terrible mal, moría en el hospital el número veintitrés; una muchacha inocente, muy joven, muy desdichada, que había entrado atacada de viruela confluyente.

¡Qué viruela, cielo santo! ¡Qué mucho que se asustara todo el mundo, si la cara de la enferma daba espanto!

Nadie se acercó á su lecho, nadie más que un practicante que al verla casi expirante dijo en voz alta:—Esto es hecho.

El fallo oyó claramente la infeliz que se moría, pero al ver quién lo decía se incorporó de repente,

Entre sus brazos huesosos le estrechó como una loca, y sellándole la boca con sus labios asquerosos

le dijo:—¡Infame! ¿no es eso lo que ansioso me pedías? Pues ya lo tienes. ¿Querías un beso? ¡Pues toma el beso!

—SINESIO DELGADO.

## CANTARES

Me hace sufrir tu cariño, y yo te digo queriendo, pues no puedo acostarme á vivir sin sufrimiento!

Al acercarse las olas les contaba mis penas, y desahacíanse en llanto se alejaban por no oír las.

¡Qué importa que no me quieras, ni qué me puede importar el que la vida me quites, si eres tú quien me la das!

Con el sol ríe la luna, y desde entonces el sol

la luz que á aquella le daba á los ojos se la dió.

¡No hay madre como mi madre, ni niña como mi niña, ni tierra como mi tierra, ni pena como la mía!

Para ser feliz del todo, mil y mil cosas deseo, y yo soy feliz con una nada más: ¡conque me quieras!

No sé qué pena es más triste ni sé qué pena es más honda, si las penas que se cantan ó las penas que se lloran.

—FELIPE A. DE LA CÁMARA.

## CHISMES Y CUENTOS

El colmo de la finura: «Mi querido amigo: He recibido los dos ejemplares de tu última novela. Me gusta mucho, y para que comprendas si me habrá despertado interés, baste decirte que he leído de una sentada los dos ejemplares, uno detrás de otro.»

Dicen, Pilar, que has trozado con tu novio siete veces... ¡Pues más que majar parecen un nublado!

—VICTORIANO HÓVOS.

Ya sabrán ustedes lo de la sesión permanente. Desde ahora pueden decir los padres de la patria: Si esto hacemos nosotros por nuestra hija en una cuestión de tan poco fuste como la del aplazamiento de las elecciones municipales, ¿qué haremos cuando corra verdadero peligro?

Y hasta puede que lo demuestren apelando al obstruccionismo para que no se aprueben los presupuestos recién leídos.

Porque no sé si habrán caído nuestros abuelos en la cuenta de que todo se reduce á que vamos á pagar más y á pagar por todo.

Y allí es donde nos dañe.

Entretanto Lagartijo anda dando sus brillantes funciones de despedida por esas provincias de Dios.

La gente derrocha el dinero para aplaudir al Califa, y una porción de personas serias recorren tras él media España para ocupar columnas enteras de los periódicos con las frases siguientes:

«Oyación monumental.»  
«Entusiasmo indescriptible.»  
«El colmo del delirio.»  
«El *disloque* del buen gusto.»  
Etc., etc.

Después de todo, ¡qué demonio! casi merecemos que Gamazo nos tueste las entrañas.

Está terminado ó para terminarse el sumario del *niño perdido*.

Y ya verán ustedes en qué venimos á parar; en una cosa, es decir, en dos cosas.

En que aquí cualquiera puede vender los hijos cuando le dé la gana. Y en que á las damas que compran chicos para sus fines particulares se las traga la tierra.

Libros:

*Via libre*, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa, original de Carlos Arniches y Celso Lacio, música del maestro Chapí, estrenada recientemente con grandísimo éxito en el Teatro de Apolo.

*El educador social*, excelente novela del joven y distinguido escritor D. A. R. López del Arco, que revela en ella grandes adelantos en tan difícil género. Precio: 2 pesetas.

*El libro de mis cantares*, por D. Francisco Anlich y Izaguirre, que demuestra ser un poeta de verdad, de inspiración y nervio. Precio: 50 céntimos.

*Diccionario de electricidad y magnetismo*. La casa editorial de Bailly Bailliére ha publicado la primera entrega de esta importantísima obra. Cuesta cada una, con excelentes grabados, 40 céntimos.

*Vivir en buena lid*, apropósito cómico en un acto, en prosa y verso, original de nuestros compañeros Sres. Minguéz y Adán Berned, estrenado con gran éxito en el Teatro Eslava.

*Poesía elemental*, de Th. Raleigh, traducción del inglés por A. Guerra. Esta importante obra forma el tercer volumen de la biblioteca jurídica de autores contemporáneos, que se publica con grandísima aceptación. Precio: una peseta.

*El poso de las aguas*, jugueta cómica en un acto y en verso, original de D. José del Pino y D. José G. Rufino, estrenado con buen éxito en el Teatro del Duque, de Sevilla.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Un rimador incipiente*.—Que desde cuándo son asonantes *eris, siempre, Verdi y verdad*? Desde el primer día de la creación por la mañana. Y no hay tales licencias poéticas ni tales carneros. Porque le advierto á usted que *húis* y *isté* son también asonantes, cosa que le parecerá á usted milagrosa.

Sr. D. P. L.—Madrid.—Como el asunto es vulgar, la composición se hace pesadísima.

*Un abogado en ciernes*.—Y poeta no menos en ciernes; porque no mide los endecasílabos como Dios manda, y le salen largos algunos.

Sr. E. M. N. y L.—Los asuntos no valen la pena y la forma es un poco afectada.

*Naranco*.—¡Válame la Virgen de Covadonga, qué malo es eso!

*Pausa vno dies*.—Eso que usted dice, muy erótica y muy cursi. Parece una octavilla de la célebre *desesperación* que cuelgan á E-pronceda.

*Cartoncillo*.—El trabajo excesivo que pesa constantemente sobre él le impediría seguramente complacer á usted.

*La rana*.—Pues vaya una filosofía que tienen los batracios!

*El sonetero*.—Esta vez no puedo aprovechar ninguno.

*Seguidilla*.—Los cantares no sirven todavía...

¡y qué mal anda usted de ortografía!

*Gayferos*.—No señor, no es publicable, porque ¡ay! no se recomienda ni por el fondo ni por la forma.

Sr. D. P. H.—Dispense usted, pero no puedo resistir á la tentación de copiar los cuatro primeros versos. Allá van:

«Al estancar las cerillas  
avieron al fumador  
pues no halla luz por un ojo  
ni tampoco por los dos.»

Lo cual es una verdad como un templo.

Sr. D. M. T. S.—Lo peor que tiene el soneto es estar hecho sobre una idea vieja.

*Cibias*.—No los tengo á mano, pero si no dije á usted nada no entrarían en turno.

*K y Q*.—Sí, señor, muy bonito *Erso*, como usted dice. Tan bonito que lo voy á publicar inmediatamente:

«¡ MI AMADA

Prenda de mis amores  
niña hechicera  
de languidez,  
deja que mi amor triste  
busque consuelo  
y solidez.»

Pues mire usted, para consuelo y solidez... en el Banco de España.

Madrid, 1893.—Establecimiento tipográfico de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Sabed todo labrador  
dice que se debe usar  
como agua de tocador  
la Colonia Palomar.

Encarnal, 27  
Perfumería y Droguería

CARTA



cfr. D. Sinfaroso  
Montoya y Santibáñez,  
vecino y propietario  
de Villacabezales



Si vienes a la corte,  
no dejes de comprarte  
para terraza y patio  
baldosas especiales.



Y así sería de peso  
soberbio y elegante  
forones para techos  
que dicen: ¡admiradme!



Y si tu casa quieres  
que á todos entusiasme,  
pon de mosaico hidráulico  
el pavimento y cállate



En todo este asunto,  
Recuerdos á tu madre  
—que me lo quiere  
tu amigo, Pedro Sanchez

Recetas de Medicina y Cosmética  
15 (Léyala tú)

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID



A Carrasco compré un hongo  
de color  
de café, que yo supongo  
que no hay otro hongo mejor.  
Corretas, 26.



Fansto asedió á Margarita  
y la rindió en un instante  
con su camisa flamante  
de cuello de pajarita.  
Martinez.—San Sebastian, 2



—Á la flor y Nata vote  
y trae á escape, Torcuata,  
una tarta resallileta  
y dos pasteles de nata,  
Plaza de Colange, 1



En cuscuto apunta el verano  
debe todo fiel cristiano  
dormir después de comer,  
y además tener á mano  
Cognac fino de Moquer  
Sobrinos de Guinea, Corretas, 27  
Depósito de vinos, Arsenal, 3.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA—MANZANARES



—Clotilde sería bella  
si no tuviese esa mella.  
—Por eso es muy conveniente  
y razonable que en ella  
coloque Tirso otro diente.  
Mayor, 73.



ruento que el calor ya marea  
las uñas y el pecho fuera,  
id y compradle á Esquera  
americanas de alpaca,  
que las tiene de primera  
Magdalena, 20



De locos estos que van  
hacia la ermita del santo,  
algunos beberán tanto,  
que ni tuere se podrán  
¡Y cuánto agradecerán  
que al volverse á su morada  
se les tenga preparada  
para acabar la soirée  
su cama del Bazar de  
la Plaza de la Cebada!  
(Número 1)

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;  
año, 8.  
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.  
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.  
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el  
extranjero por menos de un año.  
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil  
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.  
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos-número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 1.º primero derecha.  
Teléfono 2211. 2.º 100.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO



A fuerza de cavilar  
se quedó calvo Carmelo,  
pero volvió á echar el pelo  
con la Quina Palomar.  
Encarnal, 27  
Droguería y Perfumería